



Un peculiar asesinato malayo

Shamini
Flint

AMOK
EDICIONES

Un peculiar asesinato malayo
Serie El inspector Singh investiga

Título original: *Inspector Singh Investigates: A Most Peculiar Malaysian Murder*

© 2008, Shamini Flint

Publicado por primera vez en el Reino Unido en lengua inglesa en 2009 por Piatkus,
un sello de LittleBrown Book Group

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

C/Salustiano Olózaga 18, 4ºD

28001 — Madrid — España

comunicacion@amokediciones.es

Elena Rueda, por la edición de mesa

Natalia Martínez, por la maquetación

© 2022, Eva Carballeira, por la traducción

Primera edición en España, noviembre de 2022

Dirección creativa y de arte de la colección:

Madre, Espacio de Contenidos Creativos.

www.madrenohaymasqueuna.com

Diseño gráfico de este título:

Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-00-2

Depósito legal: M-4931-2022

Impreso por Leitzaran Grafikkak

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1

La acusada Chelsea Liew estaba sentada en un banco de madera en el tribunal, dentro de un cubículo también de madera y esposada a una agente de policía.

El fiscal, un malayo grande y lustroso que esperaba su turno para subir al estrado, observó cómo el juez leía los cargos con voz lenta y pomposa.

—Usted, Chelsea Liew, mató a Alan Lee el dieciocho de julio. ¿Cómo se declara la acusada? ¿Culpable o inocente?

El enjuto vejestorio (con dientes grandes y amarillos, y una mata de pelo negro inverosímil) era escéptico sobre una posible declaración de inocencia.

Muchos jueces en Malasia habían ejercido antes como fiscales: eran instintivamente conservadores, y los acusados en las causas penales les inspiraban poca simpatía.

El abogado de Chelsea, un indio alto, delgado y con una gran nuez que sobresalía por encima del cuello blanco de su camisa, se esforzó en no contradecir al juez debido a la poca empatía que mostraba hacia su cliente.

—Señoría, las pruebas son circunstanciales, la policía y la fiscalía se han apresurado a dictar sentencia porque se trata de un caso importante. Todos los cargos deberían ser retirados.

El juez enseñó los dientes amagando una sonrisa. Encorvado sobre su mesa y con la toga negra arrugada en los hombros, parecía más un buitre que un miembro de la magistratura.

—¿Culpable o inocente? —preguntó.

El abogado sabía reconocer una causa perdida. Nervioso, miró a la mujer que estaba en el banquillo de los acusados.

—Inocente —murmuró finalmente la acusada. El abogado suspiró aliviado.

El juez dio un golpe con el mazo.

—La acusada permanecerá en prisión preventiva hasta que se fije la fecha del juicio.

El abogado defensor hizo un último intento para ayudar a su cliente.

—Señoría, este es un caso excepcional que afecta a una madre con tres hijos. Aunque no se suele conceder la fianza cuando los cargos son de asesinato...

—¡Solicitud de fianza denegada! —lo interrumpió el juez.

Se levantó y, rápidamente, los abogados, el público de la sala y el personal del tribunal se pusieron en pie. Nadie permanece sentado en presencia de la ley «aunque su representante sea un anciano incompetente, medio senil y con el sentido de la justicia atrofiado», pensó furibundo el defensor. El juez dio por terminada la sesión y abandonó la sala con la toga flotando tras él.

El abogado de Chelsea se recostó abatido en la silla mientras el equipo de la fiscalía parecía satisfecho. La única que no reaccionó fue la acusada. Mucho antes de que su matrimonio terminara con el asesinato de su marido, había agotado su rabia y había llegado al límite de sus emociones. Miraba fijamente el suelo entre sus pies; no se resistió cuando la agente de policía la agarró del brazo y se la llevó.

El inspector Singh estaba embutido en un pequeño asiento de plástico del aeropuerto de Changi. Encorvado y con la barriga aplastándole los pulmones, tenía las rodillas (rechonchas y sudorosas) pegadas para evitar rozar a las personas que tenía a ambos lados. El inspector odiaba el contacto físico con desconocidos, pero era difícil no invadir otros asientos debido a su corpulencia. Llevaba la camisa arrugada, con manchas de humedad bajo las axilas y justo encima de la barriga, y el bolsillo (lleno de bolígrafos) descosido en una esquina. Solo sus zapatillas blancas de deporte seguían tan inmaculadas como cuando se las puso para ir a la oficina esa mañana,

felizmente ajeno al caso que estaban a punto de asignarle y sobre el que, casualmente, había estado leyendo en los periódicos. Recordó sentir lástima por el policía al que encomendaran la desalentadora tarea de encontrar al asesino de Alan Lee. Ahora, sabiendo que era él, lo sentía mucho más.

Estaba esperando un vuelo a Kuala Lumpur. Suspiró con un jadeo sibilante: casi siempre le faltaba el aliento porque era un fumador empedernido; necesitaba un cigarro porque su misión en Malasia le causaba desazón, pero en Singapur estaba prohibido fumar en interiores y, aunque quería salir, no se decidía para no perder su lugar en la cola. Singh sabía que no le habrían asignado el caso si no fuera extraoficialmente el miembro «con más papeletas para una jubilación anticipada forzosa» del anuario de la policía de Singapur. Suspiró otra vez y su vecina, una mujer blanca de mediana edad, lo miró furtivamente.

Singh sabía qué estaba pensando. ¿Un hombre de tez oscura con turbante y aspecto nervioso, preocupado? Desearía no ir en el mismo vuelo que él. Singh no tenía ni la paciencia ni las ganas necesarias para explicarle que los seis metros de tela que se había envuelto alrededor de la cabeza para dar forma a un turbante negro y puntiagudo, constituían un símbolo de su herencia *siĵ*¹. No era un indicador de inclinaciones terroristas, como tampoco lo era el turbante de ninguna otra persona.

Se agudizó su necesidad de fumar. A la mierda, se arriesgaría a perder el vuelo. Palpó en el bolsillo de su pantalón el paquete de cigarrillos y se levantó con dificultad del asiento. Se secó la frente con la mano, sudaba y el turbante le picaba cuando hacía calor.

Iba hacia la salida y unos gritos llamaron su atención; miró a su alrededor con curiosidad e identificó la causa del altercado: dos hombres (uno era blanco y el otro chino) discutían en la zona de primera clase; los dos aseguraban haber llegado primero al mostrador aunque habían llegado al mismo tiempo.

A Singh no le apetecía intervenir; dio un paso hacia la salida pero miró hacia atrás y cambió de idea al ver las caras de hastío de los que esperaban en la cola para volar hacinados como ganado en

¹ Los *siĵ* son seguidores del sijismo, religión monoteísta del estado indio fundada por Gurú Nanak. (N. del E.).

clase turista. Avanzó en silencio hacia los hombres y las zapatillas de deporte amortiguaron su aproximación, aunque estaban demasiado ensimismados gritándose el uno al otro y no lo habrían oído llegar. El blanco era corpulento, tenía el cuello colorado y la nariz llena de venitas rojas; el chino era delgado y atlético, vestido con el típico uniforme de *yuppie*: polo, pantalones de algodón y un juego de maletas caras.

Singh se acercó a los hombres (las puntas de sus pies estaban casi pegadas), apoyó una mano de grandes dedos sobre el pecho de cada uno de ellos y los empujó: se separaron como las orillas del mar Rojo. El hombre blanco tropezó con el borde de la alfombra azul de primera clase y estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Pero quién se ha creído que es? —exclamó enfadado.

El hombre chino asintió para secundar la pregunta con el rostro desencajado de ira. A Singh le pareció gracioso que los dos exenemigos hicieran frente común.

—El inspector Singh de la policía de Singapur —respondió sonriendo amablemente. Los dos hombres lo miraron con incredulidad. Singh no se lo reprochaba, ciertamente estaban ante un ejemplar de policía con sobrepeso, sudoroso, peludo y poco convincente—. A ver, ¿de qué va todo esto? —preguntó el agente.

—¡Me ha quitado mi sitio en la cola!

—¡No, él se ha colado!

La azafata que estaba detrás del mostrador de facturación miró a Singh y puso los ojos en blanco.

El inspector observó a los dos hombres mientras, pensativo, arqueaba una ceja. Se giró y fue hacia la cola de clase turista, contó a los diez primeros pasajeros y les hizo señas con la mano imperiosamente. Los pasajeros dudaron, pero sucumbieron ante la actitud autoritaria de Singh y lo siguieron; señaló el mostrador de primera clase y se alinearon en silencio.

—Pero mi billete es de clase turista —objetó tímidamente una mujer menuda con un sari.

—No se preocupe, señora —replicó Singh con amabilidad.

Se volvió hacia los dos hombres.

—Ustedes dos, al final de la cola.

—¿Qué está diciendo? —bramó el blanco.

—Ya me ha oído, pónganse ahí a la cola.

—¿Detrás de todas estas personas?

—Sí.

—¡No puede hacer eso! —protestó el hombre chino.

—Pues acabo de hacerlo.

—¡Haré que lo despidan! —tartamudeó el hombre, enfadado.

Singh sonrió. De repente estaba de buen humor.

—¡Para eso también hay una cola muy larga! —declaró.

Regresó con desgana a su asiento, con su billete en la mano... Ya no le daba tiempo a fumar pero había merecido la pena.

Cuarenta y cinco minutos después estaba en el avión sentado al lado de un anciano malayo que vestía túnica blanca, sandalias y un turbante blanco impoluto en la cabeza. El malayo le sonrió mientras se sentaba, mostrando unos dientes largos y escasos encajados en encías rojas y retraídas, pero perdió el interés y se recostó en su asiento cuando descubrió que su compañero era singapurense.

El avión atravesó una leve turbulencia y Singh miró nervioso por la ventanilla la costa de Malasia Occidental. Singapur, una islita separada de la península por el estrecho de Johor (una exigua franja de agua) conectada con dos puentes, se había perdido de vista.

Se concentró en el asunto que le ocupaba, en el motivo de este viaje inesperado a Malasia. Tenía el expediente en el maletín pero no lo sacó, no había suficiente privacidad para revisar los detalles durante el vuelo y había memorizado los datos de la investigación. La notoriedad del caso y la complejidad que se intuía bajo la aparente certeza de los hechos, habían copado los periódicos de Malasia y de Singapur durante las últimas dos semanas, augurando convertir las pesquisas en una pesadilla.

Los superiores del inspector Singh habían decidido darle un regalo envenenado, la oportunidad perfecta para acabar con él: si resolvía la maraña de intrigas que entorpecían el caso ellos se llevarían el mérito, y si fracasaba lo aprovecharían para librarse de uno de los últimos policías contestatarios de Singapur. En una organización que valoraba más el método que el instinto, los medios que los resultados y el papeleo más que el trabajo de campo, él era el grano en el culo del que nadie hablaba: esperaban que tuviera la decencia de jubilarse anticipadamente. Pero como de momento no lo había

hecho, estaba en ese pequeño avión soportando un vuelo turbulento y de camino a un país con la opinión pública enfrentada.

El inspector Singh tenía bastante claro que no había ninguna posibilidad de resolver con éxito el caso que acababan de asignarle. Nunca la había cuando la religión se antepone a la razón y los políticos se inmiscuían en las labores policiales. Malasia y Singapur eran dos excolonias británicas que en su día habían formado parte de un mismo país, y que se habían convertido en vecinos desconfiados e independientes. Para los dos países, cualquier actuación oficial del otro era una amenaza o un insulto en potencia. La prensa sensacionalista y los políticos competían por el tiempo en antena y por hacer las declaraciones más incendiarias. Las autoridades malayas hablaban de «injerencia injustificada en los asuntos de Estado», mientras que las de Singapur habían adoptado una actitud arrogante y rígida «para asegurarse de que se hacía justicia».

Pero para el inspector Singh los lazos históricos y familiares que los unían eran más sólidos que los conflictos que los separaban, aunque eso no hacía más que exacerbar cualquier tipo de desacuerdo entre ambos países. Entre Malasia y Singapur no existía el distanciamiento respetuoso ni la resolución formal de conflictos: cualquier diferencia de opinión se convertía en una riña familiar. Y se estaban aireando demasiadas opiniones sobre el caso en los periódicos y en las redes sociales.

Cuando el avión estaba a punto de aterrizar, Singh distinguió las famosas plantaciones de palmeras ordenadas en cuadrículas y el circuito de carreras de Fórmula Uno, otro de los proyectos del anterior Gobierno en su intento de arrastrar a Malasia a la escena mundial. El ex primer ministro Mahathir estaba convencido de que si realizaba las obras más descomunales, las mejores o las más caras del mundo, la comunidad internacional trataría a Malasia con respeto. Pero, como era de esperar, Malasia se había convertido en sinónimo de financiación y de construcción desmesuradas y sin sentido.

Singh fue hacia los trenes que conectaban el edificio de la terminal del aeropuerto internacional de Kuala Lumpur con la sala de llegadas. El techo estaba iluminado con cientos de lucecitas que simulaban un cielo estrellado; había leído que utilizaban un programa informático que combinaba las luces de forma aleatoria.

Frunció el ceño. La aleatoriedad programada le parecía un contrasentido. Se indignó todavía más cuando subió al tren de enlace: era automático y no tenía conductor. Singh había estudiado durante su carrera la capacidad de errar de los hombres, pero la prefería a la supuesta infalibilidad de las máquinas que le inspiraban menos confianza aún. Abandonó el frescor del aire acondicionado de la terminal para salir al sofocante calor tropical.

Se dirigió hacia las larguísimas hileras de Mercedes Benz y se subió en el asiento trasero del primero. El chófer malayo tenía una barba negra escasa y descuidada —casi todos los chóferes del servicio autorizado de transporte de pasajeros eran malayos— y, sin embargo, su coche estaba impoluto. En la ventana de atrás había pegado un verso del Corán. El inspector no hablaba árabe pero sabía lo que ponía: «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su único profeta». En la guantera había otra pegatina al lado del logotipo del Liverpool Football Club con la frase: «Nunca caminarás solo».

—¿Es usted hincha del Liverpool? —preguntó el chófer al ver que se fijaba en ella.

El inspector Singh era más aficionado al canal por cable de críquet de Singapur, pero le apetecía hacer una maldad.

—No, del Manchester United —respondió. Había olvidado que el United ya no era el equipo más odiado del mundo del fútbol.

El conductor asintió con empatía.

—Ahora muy difícil para otros equipos. Jefe del Chelsea quedó todo el dinero. —El hombre soltó una carcajada, mostrando dos hileras de fundas de oro que Singh vio brillar en el espejo retrovisor—. Antes lo que es importante es quién gana partido. Ahora lo que es importante es quién tiene jefe más rico. *¡Bagi orang kaya trophy sabaja!* ¡Que den directamente trofeo al rico!

El inspector se rio con ganas, sacó el periódico que había cogido en el avión y empezó a leer las últimas noticias sobre el asunto que lo había llevado a Kuala Lumpur.